

(Conferencia para el ciclo, Yo también soy un berlinés, del Cervantes de Berlín.)

La tercera patria

Por Carlos Franz*

Viví en Berlín un año y algunos meses, desde junio del 2000, invitado por el DAAD. No puedo recordar cómo imaginaba yo que era esta ciudad antes de venir acá. La experiencia modifica a la imaginación, y luego la memoria modifica a la experiencia. Pero intentar recordar cómo creía yo que era Berlín antes de conocerlo es importante para explicar por qué me resistí –un poco— a vivir aquí. Confieso que Berlín me parecía un lugar remoto, más allá de los bordes de Europa. Como muchos hispanoamericanos, yo tenía una idea latina, la llamaré, o mejor aún mediterránea, de Europa. No habría que sorprenderse tanto. En alguna parte leí que cuando Konrad Adenauer volvía a Alemania en tren, luego de la guerra, al cruzar el Elba no pudo menos que exclamar: “¡Asia, Asia!”. A mí me pasaba algo similar cuando emprendí el larguísimo vuelo desde el lejano Chile: me sentía asustado como si viniera a Asia. O a un lugar así de remoto y prohibido. El asunto es psicológicamente más extraño si ustedes consideran que no nací tan lejos: en Ginebra, en Suiza, donde viví hasta los seis años (entre paréntesis, mis editores en Kiepenheuer & Wistch, me hacen nacer en la ciudad de “Ginebra, Chile”, en lugar de Genf. Lo que en el fondo me gusta: al fin y al cabo, qué más quisiera un escritor que haber nacido en una ciudad imaginaria). Pero entonces, si he de explicar esa oscura aprensión ante lo prohibido que me afectaba al venir a Berlín, debo ir a buscar el origen de ese rechazo mucho más atrás. Y es así que me veo obligado a hacer una digresión para hablarles de otro Carlos Franz, uno que hizo el viaje inverso, de Europa a la imaginada América, hace cien años: mi bisabuelo por línea paterna.

El bisabuelo desterrado

Carl Franz Monnig llegó a Chile a fines del siglo XIX, proveniente de Basel. Era un ingeniero contratado para construir el ferrocarril transandino entre Chile y Argentina. Franz era muy joven y debe haber estado muy solo. Y le ocurrió lo que a los jóvenes extranjeros y solos en todas partes: se enamoró de una nativa. ¡Lo atrapó una chilena! Tema peligrosísimo sobre el cual estoy ahora escribiendo una novela que trata precisamente de un alemán capturado por una chilena, cien años antes que mi bisabuelo. Mi bisabuela chilena se llamaba Isolina Otaiza. Y era muy criolla, es decir, completamente mestiza. Por un lado vasca --más rubia que él— y por los otros lados muy india (como todos los chilenos antiguos, aunque no les guste a muchos recordarlo). En suma, que era seductora y engañosa desde los genes. Como fuera, tendría encantos y mañas más que suficientes para retenerlo, pues Carl no volvió nunca a Suiza.

Transcurrida su vida entera en tierras extrañas, una típica melancolía de expatriado afectó a Carl Franz. Como tantos inmigrantes en América había intentado una asimilación completa a su nuevo país. Y fracasó en ella tal como si hubiera hecho lo que tantos otros: vivir en la asfixiante colonia suiza o alemana de Chile. Se negó a enseñarles el alemán a sus hijos, se convirtió al catolicismo hispano de su mujer. Y sobre todo instaló en la familia la idea de que Suiza, y Alemania, eran un mundo perdido, una Thule en las brumas del norte. A los que estaba prohibido regresar, y ni siquiera pensar. Cuando en los años 20 del siglo pasado su primogénito, mi abuelo Carlos --otro Carlos Franz—, le preguntó si sería una buena idea que él fuera a estudiar a Suiza o Alemania, Carl Franz parece que hizo una de sus raras salidas del mutismo y pronunció esta frase memorable, con su pesado acento germánico: “Europa ya sólo existe en los librrros, Carrrlitos”.

La medida de ese fracaso melancólico podría deducírsele de dos manías utópicas, que le sobrevinieron en su vejez. Le dio por las invenciones mecánicas (buscó denodadamente la máquina del movimiento perpetuo, piedra filosofal de los inventores). Y también se esmeró en la mecánica de las invenciones, pues escribió varias novelas que quedaron inéditas. Según me contó mi abuelo, una de ellas la tituló “El hijo de tres padres”. El manuscrito se perdió. Lo que para mí es una suerte, pues ya se sabe que para todo escritor un manuscrito perdido es fuente de infinitas y placenteras especulaciones. Eso del “hijo de tres padres”, ¿significaría que en su retiro en el pueblecito andino de Illapel mi bisabuelo escribió una novela *erótica*? Es una posibilidad deliciosa.

Pero, para los efectos de esta conferencia, ahora prefiero inclinarme por otra interpretación. ¿Y qué tal si lo que ocurrió fue que, como Carl Franz no dominó nunca el español, al traducir precariamente para su primogénito el título de esa novela que nadie leyó jamás --entre otras cosas justamente porque la escribió en alemán-- dijo “el hijo de tres padres”, cuando quería decir “el hijo de tres patrias”. O sea, redujo la palabra “vaterland” a la raíz “vater”.

No es tan descabellado: Carl Franz había nacido en Basel, en la frontera de tres países. Siendo un muchacho, cruzaba a diario un puente sobre el Rhin, en bicicleta, para ir al Gymnasium en Alemania. O se escapaba a Francia, para ver el circo. También hablaba tres idiomas, lo que es tener tres patrias culturales --el alemán, el francés y el español que usaba tan poco como sus otros idiomas. Porque en general parece que fue un hombre muy silencioso (cosa que hemos heredado sus descendientes por línea masculina, para constante irritación de nuestras mujeres). Lo importante aquí es que, si aceptamos que él era su propio y único personaje --como suele ocurrir con los escritores aficionados--, es posible que en ese título yazga la explicación de un misterio familiar.

¿Por qué Carl Franz se negó a que sus siete hijos, entre ellos mi abuelo, aprendieran alemán? Es más, ¿por qué no mantuvo, ni quiso que su familia tuviera, ninguna relación con la extensa colonia alemana o suiza, en Chile, ni con el mundo que él había dejado atrás? La clave de ese misterio estaría en aquel título. El hijo de tres patrias es ese exiliado que, por tener dos patrias --la de nacimiento y la de adopción-- acaba viviendo en ninguna; o lo que es lo mismo, en una “tercera patria”, individual y secreta, la de su soledad.

Los subterráneos de Berlín

Es posible que aquella melancolía --y la prohibición de retorno implícita en ella-- hayan descendido por las venas de mi familia, hasta mí. Hasta este remoto bisnieto, el quinto Carlos Franz de la saga (ya que mi tatarabuelo también se llamaba Carl). Y acaso por eso fue que cuando, estimulado por mi agente literaria, postulé a esa beca para venir a Berlín, lo hice con recelo, sintiendo que iba a violar un viejo tabú familiar. Y así me preparé para el viaje, con aquella “angustia de Adenauer”. Como si me estuviera yendo a Asia. Nunca olvidaré la cara de espanto del funcionario del DAAD que nos esperaba en Tegel, el día 1 de junio del año 2000, cuando detrás de mi mujer y nuestra pequeña hija, vio la torre de al menos quince maletas que traíamos. Llegábamos con toda clase de objetos imprescindibles para una caravana que se apresta a seguir la ruta de la seda. Cajas de pañales, botiquín de medicamentos y primeros auxilios, tostadores de pan, sillitas de jardín. Sólo faltaban los porteadores y los camellos.

Sin embargo, entre todo aquel equipaje el paquete más pesado para mí, era un simple archivador. Una carpeta blanca, que contenía las doscientas páginas del manuscrito incompleto de la novela que había estado escribiendo infructuosamente en Chile, en los dos años previos. Era el borrador de una historia muy ambiciosa, en la que

trataba de expresar literariamente las “esencias” dolorosas de la historia política del Chile en el cual yo había vivido hasta entonces. El pivote argumental de ese relato era la figura de un juez desterrado que no deseaba volver a su país —y allí estaba de alguna forma la sombra de mi bisabuelo, Carl, asomándose—. Un desterrado que sin embargo se veía obligado a volver, muchos años después, sólo para encontrar que también era un extranjero en esa patria.

Algo así era lo que yo intuía que necesitaba narrar, aunque no sabía cómo. Porque la historia continuamente se me escapaba, y me superaba, negándose a ser contada por mí. Llevaba dos años atascado en ese relato. Había acumulado doscientas páginas de fragmentos inconexos que no sabía cómo unir. Y ese manuscrito fracasado ya empezaba a pesarme, como si llevara atado al cuello el albatros del poema de Coleridge. Sentía que mi imaginación nunca iba a levantar el vuelo de nuevo.

Poco sospechaba yo que, sin que me lo hubiera propuesto o siquiera anticipado, este Berlín al que me resistí a venir, me iba a ir dando generosamente, pero de manera discreta, inadvertida en un principio, no sólo la inspiración sino también uno de los escenarios, y hasta el correlato de claves filosóficas e históricas, que me iban a permitir terminar esa novela. Me refiero a “El Desierto”, que el año pasado ganó el Premio Internacional de Novela del Diario La Nación, en Buenos Aires. Una novela que hasta entonces ocurría sólo en Chile, y que luego de vivir acá se partió en dos, como el alma de mi bisabuelo, y pasó a ocurrir también en Berlín. Y más que nada en una tercera patria, la de una ciudad imaginaria.

El proceso fue lento, subconsciente, y dependió en no poca medida del azar. Así que faltaría a la verdad si les dijera que puedo reproducirlo con exactitud. Pero creo que puedo darles algunas pistas invitándolos a acompañarme en mi deambular por Berlín. Acompañar a ese escritor extranjero, desorientado, que fue descubriendo una ciudad y al

mismo tiempo hilando un relato interior. Porque era como si al vagar por Berlín yo fuera siguiendo un hilo invisible y paralelo a la realidad, con el cual mi imaginación iba uniendo las cuentas [Glasperlen] y cuentos sueltos de mi, hasta entonces, dispersa y fracasada novela.

Recuerdo ese callejón que descubrí al poco tiempo de llegar. Era un traspatio más bien, no muy lejos de acá, en el dédalo de callejuelas cerca de la Rosenthalerstrasse. Todos lo conocerán, probablemente. Había que internarse por una sucesión de patios interiores, negros de hollín, vigilados por ciertas gárgolas mecánicas. De pronto encontré una pequeña y derruida escalinata que conducía a un sótano, anunciado por un extraño letrero: *Monsterkabinett* -el gabinete de los monstruos. Había que golpear la puerta metálica y esperar a que se abriera con ese crujido característico con el que se abre la puerta del castillo de Drácula, en las películas. La muchacha que me abrió esa primera vez no parecía menos espantosa que Bela Lugosi. Era una de estas góticas de Berlín, con el pelo negro y la piel alba, aros hasta en la lengua y ojeras de vampiro. Luego de cobrarme unos cinco marcos de la época, me permitió pasar a contemplar los monstruos. Eran diez o doce “esculturas-máquinas”, delirantes, que abrían sus fauces, y estiraban sus garras, dilatando sus intestinos de cables, emitiendo peligrosas chispas. Todo activado por mi solitaria y consternada presencia en ese sótano que se llenaba de ruido y humo como en una feria de diversiones de pesadilla. Algunos de los monstruos tenían el aspecto que había visto en cierta pintura del expresionismo alemán: burgueses gordos, de afiladas dentaduras, con las tripas a la vista, tratando de devorarse entre ellos.

Yo ya había estado en el Sony Center y en otros lugares de este próspero y superficial Berlín del futuro, que crece no sobre las ruinas sino sobre la tierra arrasada,

donde el pasado fue borrado. Al encontrar ese pequeño *Monsterkabinet* con su guiñol ridículo, y a la vez atemorizante, me pareció que allí se expresaba un espíritu subterráneo y negado del Berlín posmoderno de la superficie. Un espíritu que yo también había intuido, aunque sin poder darle nombre, en el Chile del que acababa de llegar. El orgulloso Chile próspero de la transición a la democracia que, a sólo una década de terminada la dictadura de Pinochet, construye su riqueza y su futuro, relegando a subterráneos como ese, los monstruos de su pasado. Convertidos, cuando mucho, en tragicómicos esperpentos mecánicos, payasos grotescos como el amnésico Pinochet. En la superficie de Berlín, las asépticas fachadas de vidrio de los rascacielos en la Potsdamer Platz se reflejaban las unas a las otras, como espejos enfrentados, produciendo la ilusión de un pasado sin fondo, tan limpio y diáfano como el futuro. Mientras, allí abajo, en el sótano berlinés, como en los subsuelos del nuevo Chile, los monstruos seguían agitándose en su gabinete, los robots chirriaban y echaban humo. Había una metáfora allí, había una traducción posible que el lenguaje de Berlín le estaba ofreciendo a la novela sobre esa realidad incomprensible que yo había traído incompleta desde Chile.

Y así fue como los subterráneos de Berlín empezaron a perseguirme (y no me estoy refiriendo al U-Bahn). Pronto, otro de mis lugares favoritos, fue el nivel inferior de la *Neue Nationalgalerie*. Las pinturas de Dix y Grosz, especialmente (esos “Pilares de la Sociedad”, *Stützen der Gesellschaft*, hundidos allá abajo), empezaron a perturbarme. Creo que no sólo porque antes sólo las hubiera visto en reproducciones. Sino, quizás, por el poderoso símbolo proveniente de que esas pinturas retorcidas y grotescas, yacieran en un sótano. Todo ese dolor y esa furia, pervivían bajo el aéreo, racional y diáfano edificio de Mies van der Rohe. Pronto fue el subterráneo mismo, lo

hundido, lo que está bajo la superficie de la conciencia, como el pasado yaciendo bajo la superficie de la actualidad, lo que empezó a obsesionarme.

También recuerdo una noche cuando fui la Staatsoper a ver una audaz puesta en escena de Aida, dirigida por Daniel Barenboim. Durante la obertura –en un añadido al argumento original-- los personajes fueron saliendo de las vitrinas de un museo de antigüedades egipcias: Radamés, Amneris, volvían a la vida y cantaban. Todo era muy posmoderno: en el edificio neoclásico, impecablemente reconstruido, el futuro y el pasado se daban armoniosamente la mano. Sin embargo, al salir a la Unter den Linden, bajo la nevada de una noche de invierno, algo me atrajo a la plaza contigua, la Bebelplatz, en la que nunca había estado. Los copos de nieve giraban, se arremolinaban y se encendían sobre unos rayos de luz que surgían directamente del suelo. Daba la impresión de una hoguera de hielo, si tal cosa fuera posible. Ustedes ya saben a qué me refiero. Al acercarme, medio enceguecido por la nieve, me encontré caminando sobre la claraboya transparente que cubre ese memorial subterráneo, pero tan eficaz, donde sólo unas estanterías vacías evocan los libros que se hicieron humo. Y de pronto supe que estaba sobre el lugar donde Goebbels dirigió otra escena famosa, de una opera terrible: la quema de los libros de autores prohibidos por el Tercer Reich, el 10 de mayo de 1933.

Como se ve, los sótanos, los subterráneos, lo desaparecido --incluso y sobre todo como conciencia de lo desaparecido--, me perseguían por Berlín. Para quien no sea sudamericano, para quien no venga de uno de nuestros países perpetuamente jóvenes, corrompidos por la viejísima ilusión de ser un Mundo Nuevo, quizá le será difícil entender el impacto que esos sótanos llenos de pasado y advertencias me producían. Pero a mí se me aparecieron, de pronto, como una perfecta metáfora urbana acerca del

abismo de lo histórico sobre el cual caminamos sin querer a veces darnos cuenta, tratando de olvidarlo.

No sé si todavía estará allí esa “herida abierta” que forman las excavaciones en los antiguos eriazos donde una vez estuvo el cuartel central de la Gestapo, en la calle Niederkirchner, muy cerca del bellissimo edificio neorenacentista de Martin Gropius. Pero allí estaban esas ruinas subterráneas durante ese año en el que viví en Berlín. Y cuál no sería mi sorpresa cuando una tarde de domingo visité las excavaciones, y me encontré con que algunas de las celdas y los lugares de tortura del aparato de represión del estado nacionalsocialista, estaban precisamente al pie de donde décadas más tarde pasaría el muro de Berlín, construido por el estado comunista. De hecho, un trozo de muro pasaba justamente por sobre la trinchera de las celdas.

Contradicción, burla histórica, y al mismo tiempo pura metáfora: el nazismo se me aparecía allí confundido con las raíces, con las fundaciones, del comunismo. El muro era sólo la sutura que cosía los labios simétricos de una misma herida. Prueba de ello es que uno de los que pasaron por esas celdas, en Diciembre de 1935, fue nada menos que Erich Honecker, el futuro premier de la RDA. El mismo que en 1961 tuvo a su cargo la construcción de la muralla, en tiempo récord. El mismo que fue a morir exiliado en Chile –otro viejo exiliado en Chile, aunque su melancolía habrá sido muy diferente a la de mi bisabuelo, Carl. El caso es que Honecker, que había estado preso y sufrido en las celdas de la Gestapo, no muchos años después construyó sobre ellas el muro de una prisión para todo su país. La muralla construida sobre el subterráneo.

Estas imágenes, entre muchas otras, tuvieron un efecto enorme sobre la creación de mi novela. Puedo sintetizarlo en un solo dato. Debe haber sido por entonces, aunque yo no lo supe hasta mucho más tarde, cuando la ciudad imaginaria en la que situaba mi novela, empezó a hundirse también en mi imaginación y en mi manuscrito. Sabía que

era una ciudad santuario, en un oasis en el desierto de Atacama en el norte de Chile. Pero a partir de mi llegada a Berlín, y acaso influenciado por esos subterráneos arquitectónicos --y sobre todo históricos--, mi oasis empezó a hundirse también. Empezó a bajar hacia lo hondo de una cañada, hasta convertirse en una ciudad que, si se la intenta ver desde el desierto que la circunda, parece que no existiera, se hurta a la vista. Y por eso empezó a llamarse, precisamente, como se llama ahora en el libro: Pampa Hundida. Una ciudad, un pueblo, un pasado, una historia, un sentido, hundidos y ocultos, bajo el horizonte de nuestras memorias y nuestras conciencias.

En español, esos símbolos urbanos, voluntarios o no, destinados a recordarnos el pasado, se llaman monumentos o memoriales. Pero quizás la palabra alemana “denkmal”, aplicada a este tipo de lugares, sea más apropiada, o diré mejor: más *intensa*. Ya que no se trata simplemente de hacer memoria, como en un monumento clásico; no se trata sólo de conmemorar sino que se trata de pensar. Y a mí me parece que en el orbe de lo español --y no diré sólo en Latinoamérica, donde esto es una tragedia, sino también en España--, tenemos serios problemas para *pensar en el pasado*, en lugar de sólo recordarlo (o lo que es más frecuente, olvidarlo de plano)

En cierto modo, una novela de tema político como *El desierto*, que trata acerca de los dilemas de la justicia, y más aún, acerca de los conflictos de la culpa individual y la colectiva, no puede ser otra cosa que un memorial, o mejor aún un *denkmal*. Un lugar para detenerse a pensar en ese pasado que yace bajo nuestros pies y que, si nos descuidamos, queda enterrado, pero que si lo negamos es capaz de enterrarnos con él. Esa es la paradoja.

Y en paradojas como esas me detuve a pensar en Berlín --ya no sólo a recordar--, estimulado por la manera conflictiva, confusa, pero *intensa*, que esta ciudad ha tenido de pensar en su pasado.

Aquí pensé cosas que no había podido pensar en Chile. Laura, la jueza protagonista de mi novela que vuelve a Pampa Hundida luego de veinte años de vivir en Berlín y enseñar filosofía en la Freie Universität, piensa, por ejemplo, cómo la persecución de las culpas individuales tiene el efecto perverso de liberar a todos los demás de su responsabilidad. Tal como en un auto de fe se quema a alguien para que los demás podamos creer que somos inocentes. Laura le escribe a su hija una larga confesión acerca de su pasado en Chile, y al hacerlo ella descubre una rara forma de culpabilidad: la de las víctimas, la que proviene no sólo de la delación efectuada bajo tortura, sino de la intimidad obscena entre la torturada y el verdugo. Laura piensa en la manera que tiene la justicia de reparar una historia demente, y al hacerlo negar la tragedia. Porque la razón —especialmente la razón jurídica—, al reparar la tragedia, niega su carácter absoluto (lo hondamente irreparable del mal).

Laura piensa, y yo escribí, que pensar en esas cosas es como asomarse a un abismo el cual la mayor parte de la gente —incluyéndome— no quisiera mirar. Porque en el fondo, hacer justicia implica también tapar el subterráneo, sellar el bunker, apartar la mirada del abismo antes de que “el abismo nos devuelva la mirada”.

Con todas sus imperfecciones, el tratamiento de la memoria histórica en Alemania —incluyendo la conciencia reciente del dolor propio— me parece un modelo social y filosófico de primer orden para todas las sociedades que deben enfrentar conflictos con su pasado. Guardando todas las distancias —que el tamaño de los crímenes nazis y comunistas en este país hace inevitables— esa memoria, ese detenerse a pensar en el pasado, es una tarea que sigue pendiente en muchos países de Latinoamérica, en Chile, y también en España.

De modo que mi bisabuelo, Carl Franz, tenía y no tenía razón. Como suele ocurrir con los mayores. Su amor quiso proteger a su estirpe de volver a Europa, negándonos el alemán y esta cultura. Quizá para que no tuviéramos que vivir en una tercera patria solitaria, como él. Pero lo que el antiguo Carl no podía anticipar es que su remoto bisnieto, Carlos, iba a ser escritor, tal como él tardíamente quiso serlo. Y que sólo viniendo a Berlín iba intuir cómo escribir una novela, en la que una protagonista vive exiliada en Alemania jurando no volver a Chile. Jurándolo porque ya sospecha que cuando se vea obligada a hacerlo tendrá que enfrentar a los monstruos que habitan los sótanos de su memoria. Y que ni aún a ese precio recuperará a su país perdido, porque comprobará que ya no es de allá, tampoco. Que vive en su “tercera patria”. La que de todos modos, inevitablemente, también habitamos los escritores.

Madrid, Marzo de 2006.

Fragmento de Capítulo 4 de El desierto.

Claudia, la noche avanza en Berlín y yo me refugio en esta carta. Temo volver a mi cama y a mi insomnio –a la pesadilla y al insomnio que me trajo tu carta- y debo agradecerte que me estés dando el refugio de escribirte. De escribirte para recordar. Cuando se ha huido mucho de la memoria, el primer alivio es rendirse a su abrazo. Esto lo saben los curas católicos y los psicoanalistas –esos confesores seculares-: no hay olvido verdadero que no comience por el recuerdo. Tarde o temprano, también los hijos, con los que vivíamos para el futuro, nos impiden olvidar, nos empujan a la memoria con sus preguntas temerarias sobre un pasado que no vivieron (‘¿dónde estuviste tú, mamá...?’).

Y quizá está bien. En su insatisfacción y su rebeldía, en su necesidad de respuestas, en su manera de formular de nuevo las preguntas elementales, que quisimos dar por respondidas, los hijos nos hacen el favor de reeducarnos en la duda y la inconformidad. ¿Por qué? ¿Por qué sale el sol, por qué se acaba el día? No hay edad más filosófica que la infancia, cuando todo es un por qué. Pero al menos, a esa edad, los padres podemos inventar todavía lo que no sabemos o no podemos contestar; es en la adolescencia cuando nos quedamos sin respuestas. ¿Recuerdas el día cuando, apenas caído el muro, decidiste ir con tus compañeros del último año del Gymnasium al campo de concentración de Sachsenhausen, en Oranienburg? Aquí, al lado de la orgullosa capital alemana, casi a la vista de sus universidades y de sus teatros y sus monumentos neoclásicos, en un suburbio de sus ideales humanistas, se había diseñado el modelo original de los campos de dolor y horror que los nazis prodigarían por Europa. Volviste demudada, y a la vez llena de porqués. Yo, a esas alturas, ya no podía inventarte más respuestas. Sólo pude recordarte el momento aquel cuando Primo Levi, en su memoria de Auschwitz, intenta tomar una estalactita de hielo para saciar su sed abrasadora y un guardia se lo impide. Por qué, pregunta él, y el guardia –filósofo natural del horror, a su modo- le contesta: Hier ist kein warum! Aquí no hay un por qué.

Allí donde terminan los ‘por qué’ acaba finalmente la infancia. Mi larga infancia, que se había prolongado en mi educación legal y me había transformado en esa joven jueza ilustrada, llena de dudas pero a la vez llena de esperanzadas respuestas, empezó a terminar con el golpe de Estado. Mi transacción legalista, mi sueño privado de hacer justicia con leyes injustas, similar al del presidente suicida, desembocaba en el miedo y la culpabilidad. Temía que alguien ahora viniera a preguntarme por qué, a pedirle una respuesta a la ley. Y que viera en mi rostro la

nueva máscara de mi desesperación: la venda iba cayendo, o había caído, para posarse en la boca. La norma dejaba de ser un relato más del mundo, para empezar a reemplazarlo. El estado totalitario no es aquel donde no hay ley, sino ése donde no hay nada más que leyes y ningún por qué. Y yo era la jueza en ese nuevo mundo.

Fragmento de Capítulo 28.

Anoche dejé mi oficina en la Universidad, Claudia, demasiado tarde para alcanzar el S-Bahn. Llamé un taxi y salí a la Van't-Hoff Strasse a esperarlo, pero no tuve paciencia; o no, prefiero decirte la verdad: simplemente olvidé que lo había llamado, y mis piernas deseaban otra cosa, ansiaban salir corriendo. Tú sabes que lo he hecho varias veces, caminar las casi dos horas que me separan de casa. Pero anoche, por primera vez, algo me ocurrió y me perdí. En algún momento crucé el Clay Allee sin notarlo –abstraída, oyendo esa voz en mi cabeza que retumbaba: ‘¡No me dejes hacer lo que haré!’- y de pronto estaba en un sendero entre los bosques de Grunewald y el lago refulgía entre los árboles, plateado por la luna, plateado y un poco fosforescente, como un salar. En un claro entre las ramas, recortada contra ese reflejo, una cabeza cornuda, de enormes astas, se volvió a mirarme, un ciervo seguramente, pero el corazón se me subió a la boca y eché a correr en cualquier dirección. Corrí entre las ramas de los abedules que me azotaban, entre máscaras barbudas, coronadas de vides, que asomaban tras los matorrales, entre manos pálidas, de mármol o de cera, que se estiraban para acariciarme o agarrarme del pelo, hasta que por fin las luces de la ciudad volvieron a aparecer en la linde del bosque, un fulgor amarillo nebuloso como si la tormenta de fuego que arrasó Berlín al final de la guerra hubiera vuelto, pero hasta eso era preferible (preferible a que fuera el lucero del alba, Venus, el que trae la luz antes de que llegue el sol). Y yo me lancé de cabeza hacia allá, salí

corriendo del bosque por un sendero que desembocaba en una calle desconocida curvada por la luz de un único farol (sólo me acuerdo de parte de su nombre Dünkel..). Y entonces dejé de correr, llamada al orden por las mansiones de la burguesía Guillermina, por sus parques, y sus empinados tejados y sus torreones neogóticos desde los cuales sus dueños observaron la tormenta de fuego que consumía el centro de su ciudad, de su mundo, al final de la guerra, y que ahora negaban con toda su torva pomposidad aquello que me había perseguido en el bosque contiguo. Luego, tomando por Hubertus Allee llegué hasta la Ku'dam, y allí me detuve a descansar, sobre el puente que cruza las líneas ferroviarias en Halensee. Contemplé la confusión de autopistas brillantes bajo la luna; el horizonte de chimeneas industriales, con sus penachos de vapor; arriba, muy alto, pasaba un avión. Y cuando miré hacia la pequeña estación del S-Bahn, noté en el andén, bajo una luz fluorescente que se encendía y apagaba, ese hombre sentado, sosteniendo una botella, con una gorra cuyas orejeras la brisa hacía flamear, arrebujado en una manta peluda que de lejos parecía una piel de cabra (y que tal vez lo era). Un hombre tan viejo que podría haber estado allí desde la guerra, esperando un transporte de tropas que lo llevara al frente, un transporte que nunca llegó; o desde mucho antes ¿entiendes Claudia? Desde siempre, desde antes que el antepasado de Cáceres, el del retrato. Ese hombre estaba ahí desde que enviudó. De pronto me imaginé que ese viejo borracho, aferrado a su botella de vino, con las orejeras de la gorra que flameaban por sobre su cabeza, había estado allí desde que enviudó. Por todo el tiempo de una larguísima viudez, tan larga que ya era una orfandad, desde que una remota madre lo había dejado a merced de su entusiasmo y de su razón extraviada, ese viejo había estado allí, con su manta que parecía una piel de cabra, ahído de un vino que no podía consolarlo, acabado, cansado de tanta tragedia,

esperando que el tren (o la historia) venga a llevárselo. Que venga antes de que vuelva 'el que trae la luz'.

Y esa imagen, si así pudiera llamarla, por algún motivo me llenó de una insólita serenidad. Y me vine a paso lento por la Ku'dam, a casa, y me eché a dormir como un tronco, vestida, sin soñar en nada, hasta esta tarde, cuando he vuelto al escritorio a reanudar lo que te contaba.